

RAMÓN ZELAYA

(Manfredo)

DE LA OPOSICION

EN POLÍTICA

Y DE

LA ALTERNABILIDAD

1897

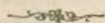
ANTONIO FONT, Editor

LIBRERIA MODERNA

San José—Costa Rica.



PRÓLOGO



M. Emilio Ollivier, ese estadista doctrinario y considerable, cuyo robusto vuelo fué cortado por una de esas sorpresas horribles y misteriosas del destino, y á quien la Historia comienza ahora sólamente á hacer justicia, decía: En un país de buena salud, nada hay más fecundo que el libre juego de los partidos.

Después de una larga ausencia, durante la cual se ha desarrollado mi juventud en medio de las vastas discusiones económicas y de los acalorados combates que los problemas sociológicos y políticos suscitan en el viejo continente, he tenido la inefable satisfacción de ver que en mi joven patria existe ese libre juego de los bandos políticos.

He visto que la libertad de la prensa existe hoy aquí, sin exageración, casi en el mismo grado que en Francia, esa tierra clásica de la libertad y de las libertades; he notado que al contrario de lo que generalmente se ve en otros nacientes estados latino-americanos, las garantías individuales, esas condiciones esenciales para el natural desarrollo de la naturaleza humana y del alma de los pueblos, existe hoy en Costa Rica con la misma frescura de la maravillosa vegetación de esta tierra bendita; he encontrado un gobierno joven y liberal que, teniendo la fuerza suficiente para transgredir su deber, se con-

tenta con el estricto cumplimiento de él, que es, ante todo, hacer respetar la ley y la autoridad.

Y entonces comprendí que Costa Rica es uno de esos países de buena salud de que habla el célebre estadista francés.

Al volver al seno de la patria, me he encontrado en frente de dos bandos políticos, que activa y patrióticamente trabajan para obtener el triunfo en las próximas elecciones para Presidente de la República: El partido *Civil* y el partido *Republicano*.

El primero lucha por la reelección del actual Jefe del Estado, señor don Rafael Iglesias, de acuerdo con la ley de 13 de mayo de 1897, que permite la reelección por un periodo más. El segundo, sin proclamar candidato ni presentar programa, pretende oponerse á esa reelección.

Y considerando como un deber, y, al propio tiempo, como un derecho para todo ciudadano el interesarse por las asuntos públicos de su patria, me creí obligado á prestar mi colaboración al uno ó al otro bando.

He examinado con imparcialidad las pretensiones y los ideales de cada partido, inspirado únicamente por mi patriotismo; noté que el partido llamado *Republicano*, careciendo de jefe y de programa, carecía, por el mismo hecho, de las condiciones esenciales para que una agrupación de ciudadanos pueda considerarse y presentarse como un *partido político*, jurídicamente hablando; y convencido de que la política nueva, la política de iniciativa y de reformas seguida desde hace tres años por el actual Presidente de la República, es la que se halla más conforme con el carácter nacional de este pueblo trabajador, así como con las condiciones materiales y naturales del país, me pronuncié en favor del partido de la reelección.

Duro paso para un carácter recto é independiente es el de sostener la candidatura de un hombre que se halla á la cabeza del Poder Ejecutivo; pues ello expone á oír, de las líneas de la oposición, los calificativos de servil ó de interesado, sobre todo, de la parte de los que, en su pasado, han dado pruebas

manifiestas de poseer, no en grado positivo ni en el comparativo, esas cualidades.

Sin embargo, esas consideraciones no pueden detener al que tiene la plena conciencia de sus actos, la buena fé y la honradez: Las páginas que siguen expresan justamente el fundamento de mi opinión y de mi resolución.

Con el ardor, pues, con la fé de mi patriotismo y de mi juventud, me he arrojado á la cívica pelea, en la cual se complace todavía mi actividad.

Este folleto contiene algunos artículos de las polémicas que, al principio de esta campaña, sostuve con novicia pluma. Como en ellos ha sido cuestión de algunos principios generales de Derecho Público, y que, por consiguiente, pudieran tener interés, tanto como en Costa Rica, en algunos otros países de Latino América, he resuelto reunirlos en la forma cómo los presento hoy al público.

Aunque las campañas políticas de un país son cosa pasajera, algunas veces en ellas las naciones, como los campeones humanos, dejan oír gritos y dan notas de general, de universal significación.

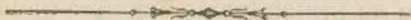
¡ Quiera Dios que este librito contenga alguna de esas notas!

San José, Setiembre de 1897.

RAMÓN ZELAYA.



DE LA OPOSICIÓN EN POLÍTICA



Este artículo será juzgado por algunos como la expresión de un ideal demasiado lejano de la realidad, para que pueda ser útil en la práctica; otros no lo comprenderán; y otros no lo querrán comprender.

Sin pretender meternos en política ni en políticas, nos permitiremos hacer observar á los primeros que es mas útil agitar las ideas que gobiernan el mundo, que agitar los hechos ó agitarse de hecho sin ley ni guía. A los segundos y los últimos les declaremos solamente que nuestros escritos se hallan inspirados por la buena fé y se dirigen á las personas de buena voluntad.

Los proverbios son la ciencia de los pueblos. En una forma tan pintoresca como concisa, expresan casi siempre verdades tan útiles como la experiencia que las ha adquirido. Uno de ellos dice que un buen gobierno que no tenga un partido adverso que le haga oposición, debe favorecer la formación de uno. Eso quiere decir que, en buena política, existe una colabo-

ración entre el gobierno de un Estado y el partido llamado de la oposición. Eso quiere decir, en consecuencia, que dicho partido tiene una misión de primera importancia en la política general de un país. Una consecuencia de esa consecuencia es que ese partido tiene derechos y deberes como todo agente libre y consciente; y que así como hay buenos y malos gobiernos, habrá opositores políticos útiles y perjudiciales á la sociedad, según la manera como entienden y cumplen su función pública.

Todo consiste, pues, en saber cuál es el papel que en la vida pública de un país civilizado tiene el partido político de la oposición.

Nosotros no pretendemos enseñar nada de nuevo á nuestros lectores al tratar de definirlo en estas líneas; lo que nosotros diremos, los lectores nos dirán que ya lo sabían. Lo importante, se nos objetará, es pasar de la teoría á la práctica, y en la práctica, las pasiones humanas desvían siempre las buenas voluntades.

Es evidente que si lo que nosotros pregonamos fuera irrealizable ó no hubiera sido realizado todavía, bien fundado sería el reproche que se nos hiciera de *ideólogos*, según la expresión consagrada por el gran Emperador: mas, como todas las cosas de este mundo, nuestras ideas son realizables y han sido realizadas en medios y en circunstancias apropiados. Creemos que esos medios y esas circunstancias se reducen á lo siguiente: una buena educación política del público.

Trátase, pues, de trabajar por la extensión de esa educación, de ilustrar al pueblo sobre sus derechos y sus deberes cívicos. De esa manera, los falsos apóstoles serán menos posibles; los malos gobiernos caerán fácilmente en desprestigio; y los opositores políticos de mala fé, en lugar de eco, encontrarán el ridículo en las masas. En una palabra, habrá una opinión pública consciente é inteligente.

*
* *

Según el criterio general, el partido político de la oposición debe hacer la guerra al gobierno en todo y á propósito de todo: será esa verdaderamente su misión? Toda persona dotada de un mediano sentido común comprenderá desde luego que un partido que practicara ese programa, no solamente sería un agente de inmoralidad cívica, puesto que provoca y predica el irrespeto por la autoridad legalmente constituida, sino también un obstáculo para la buena marcha del Estado.

En efecto: si un gobierno honrado tiene interés en hallarse de continuo en contacto con la opinión general, una nación tiene mayor interés todavía en conocer sus buenos como sus malos gobernantes. Y la prensa del consabido partido de oposición impedirá ó viciará ese recíproco y exacto conocimiento entre la nación y los que presiden sus destinos. Pues aún en los casos en que las críticas de la dicha prensa fueran la expresión del verdadero sentimiento público, el gobierno no lo creería, y se hallaría más bien predisuesto á no tenerlas en cuenta, porque sabe que los reproches, como los consejos de esos órganos son inspirados por la misma pasión hostil y por la misma mala fé. En lugar de colaboración, habría entonces guerra ciega entre el gobierno y el partido de la oposición; y seguramente no es eso lo que el proverbio nos enseña.

Más, se nos dirá, si la prensa de la oposición se ocupa en batir palmas en favor del Gobierno, dejará de ser prensa de *oposición*, para convertirse en prensa *oficiosa*.

A nuestro entender, es un deber para la pren-

sa de la oposición, como para todo verdadero periodista, aplaudir las medidas acertadas del Gobierno, así como criticar las que son desacertadas ó arbitrarias, ó que son juzgadas tales. Pues la misión del periodista es de informar, no de engañar al público sobre el estado y la marcha de los asuntos que, más ó menos, le interesan: ahora bien, es engañar al público, el presentarle como malo un buen gobierno, ó presentarle como bueno el que es malo. Solamente, como el tiempo de los oráculos ha sido dejado muy atrás por el carro de la civilización; como toda afirmación que no sea axiomática, no vale sino por las razones y las pruebas que la acompañan, todo aplauso, como toda crítica, debe justificarse.

Según lo que precede, el partido de la oposición necesita tanto patriotismo como el mismo gobierno: como los de éste, sus actos deben ser inspirados por el bien y por el interés públicos. Sus ataques deben ser tan enérgicos como leales; sus críticas han de ser razonadas, siempre justificas.

Eso, en cuanto á su carácter. Veamos cuál ha de ser su sistema de trabajo, para que su obra sea verdaderamente útil.

No hay axioma sociológico más elemental que el que dice que la misión de todo gobierno es la de proteger y desarrollar los intereses de los gobernados, intereses morales y materiales. Mas esos intereses pueden entenderse de diferentes maneras, según el punto de vista desde el cual se les examina, los alcances, la educación, etc., de los que presiden á su desenvolvimiento. De ahí los diferentes sistemas y los diferentes partidos políticos y sociales. Todos persiguen el mismo ideal, mas por caminos distintos. O por lo menos, es preciso que un partido político, digno de este nombre, tenga una concepción del interés y de los

intereses del Estado distinta á la de los otros partidos; y si esa concepción es la misma, es preciso que se diga poseedor de un sistema político distinto para realizarla de una manera, á su juicio, más perfecta.

Eso es lo que se llama generalmente un programa político. Todo partido, pues, debe tener un programa que le sirva de guía y que le dé su razón de ser; ó lo que es lo mismo, un partido debe tener una orientación cualquiera: cuando se halla en el poder, para saber á dónde se dirige, cuando se halla en la oposición, para *hacer la oposición* razonada de que hemos hablado.

Un gobierno que se contenta con expedir diariamente los asuntos corrientes de la nación, hace la misma función mecánica de una máquina industrial que produce tantos ejemplares por día. Y una nación, como la sociedad humana en general, es un ser complejo é inteligente; y para los individuos, como para la humanidad, el progreso es la ley de la vida. Por otro lado, un partido político que carece de programa, no tiene ni razón de ser, ni solidez; es como un navío sin brújula, como un ejército sin pabellón, como una sociedad sin leyes. Agreguemos de seguida que algunas veces, el programa de un partido se halla personificado en su jefe, cuando es éste una persona caracterizada, y cuyas ideas en materia de gobierno son muy conocidas. Cuando alguien se dice bonapartista, por ejemplo, no tiene necesidad de explicar que es partidario del régimen dictatorial y plebiscitario. El general Boulanger personificaba el programa político de la *revanche* á toda costa. No creemos que la personificación de las ideas de un partido en su jefe tenga más inconvenientes que cualquier otro sistema; sabido es que las leyes y los programas son buenos ó malos, según la mano que los aplica.

En todo caso, y volviendo á nuestro tema, para que un partido opositor haga obra útil, debe tener un programa determinado; eso le impedirá criticar injusta é imtempestivamente. Ese programa, forzosamente, se halla más ó menos en oposición con el seguido por el Gobierno, tiene más ó menos puntos de contacto con el de éste. Y hé aquí la manera como la lucha será fecunda en bienes y útil para todo el mundo, para la nación, para el partido opositor y para la verdad, esa diosa que cada uno adora á su manera.

Pongámonos en frente de una medida cualquiera oficial que no merece la aprobación general, ó, por lo menos, del partido de la oposición: los órganos, ó el órgano de ésta no debe contentarse con decir que la consabida medida es mala: es preciso que diga por qué lo es, ó por qué la conceptúa mala. Debe establecer en seguida la relación que puede existir entre el acto reprobado y el programa general seguido por la política del gobierno, y si esa relación es directa y la medida criticada es considerable, debe presentar al público la conclusión de que de tal sistema de gobierno no se pueden esperar sino inconsecuencias semejantes á la que se reprueba.

Pongámonos en frente de un punto controvertido é importante de política interior ó exterior. El gobierno lo decide en un sentido, y según el sistema opositor, ese punto debe resolverse en otro sentido. Dos soluciones, pues, se presentan para el mismo problema: como la verdad es una é indivisible, las dos soluciones no pueden ser igualmente exactas. ¿Quién tendrá razón? La nación decidirá; mientras tanto, la prensa opositora debe presentar las razones que militan en su favor, así como las que prueban el error de los adversarios.

Tal es el proceder de los que se ocupan en política para hacer el bien; dedicarse á la política *por la política*, es hacer obra perjudicial.

Vemos, pues, que un órgano serio de la prensa no puede con justicia, ni atacar todos los actos de un gobierno, ni aplaudir todas sus disposiciones. El error es la herencia de la naturaleza humana; y, salvo excepción, no hay gobierno enteramente malo, como no lo hay que sea perfectamente bueno. Un periódico que sistemáticamente reprueba todo cuanto viene de arriba, es tan perjudicial para el criterio público como el que lo aplaude todo.

Por el interés de su prestigio, por el de la patria, como por el de la verdad, la prensa de la oposición que quiera cumplir con su alta misión política, debe tener como divisa en sus ataques: *honradez y patriotismo!*

*
* *

Esa es la política de ideas y de principios, la verdadera, la útil, la que no *ensucia*: un estadista puede así mostrarse hombre de gobierno, no solamente cuando se halla en el poder, sino también en las líneas de la oposición. El verdadero vate no es menos poeta cuando critica, que cuando produce. Recíprocamente, en esa escuela política, el farsante será reconocido en cualquier campo en que milite. Juan Jaurés, el conocido *leader* del socialismo francés, no ha formado nunca parte, á pesar de su elocuencia, de ningún ministerio, felizmente para él y felizmente para su patria; y sin embargo, con sus críticas desordenadas y su grandilocuencia vacía, ha probado al mundo y á sus compatriotas que entiende tanto de asuntos políticos y sociales, como una vaca española comprende el francés, según el decir del *gamin* de París. En sentido

inverso, Julio Favre, Emilio Ollivier y Gambetta se mostraron estadistas considerables haciendo la guerra al gobierno imperial.

Nuestro proverbio, pues, como casi todos los proverbios, tiene perfecta razón. Hay colaboración entre el gobierno de un país civilizado y el partido de la oposición, por la misma razón que hay discusión leal y honrada sobre los intereses públicos; hay colaboración, porque el gobierno encuentra un crítico en el partido adverso y no un fanático enemigo. Toda oposición sistemática y ciega no inspira ni confianza, ni respeto á nadie. Santo Tomás de Aquino dice que el verdadero tirano, en materia de gobierno, es el que busca su interés particular más bien que el interés general. ¿Cómo habrá de calificarse el que, por su propio interés ó su ambición personal, hace una guerra ciega á un gobierno sostenido por la gran mayoría de la nación? Si tiene talento, será uno como anarquista á la Rochefort ó á la Proudhon; y si no cuenta sino con el vacío de su cabeza y con la habilidad escamoteadora de las manos, será un ambicioso vulgar y perturbador.

Hemos querido desarrollar estas ideas, porque las creemos sanas, y por que, al hacerlo, creemos cumplir con un deber cívico y social. En efecto, la vida intelectual, como la vida física de una sociedad, resulta del esfuerzo y de los esfuerzos de sus miembros. Para entretenerla es preciso que los que puedan contribuir contribuyan en la medida de sus fuerzas, aún á costa de pequeños sacrificios, y de sacrificios morales. Si el que dijo que el silencio es de oro tuviera razón, el ideal de toda ciencia sería la quietud; y sabido es que conviene entrechocar las ideas, como las monedas, para saber si son puras ó legítimas. Si el silencio, en lugar de confundir al tonto con el que lo es menos ó con el que no lo es, fuera tan precioso, la per-

fección del sabio sería elevarse hasta el asno, ese profundo silencioso.

Personas que se dicen observadoras, nos han dicho que la vida pública en Costa Rica es el reino de las pasiones mezquinas y de los bajos instintos; que trabajar por el triunfo de un principio ó de *los principios* es gastar pólvora en salvas. Más nunca hemos querido creer que nuestra tierra, tan fecunda como la juventud, y tan llena de recursos materiales, sea estéril en ideas y hostil á las ideas!

